

Hace mucho tiempo, en el Monte Makiling, vivía una jovencita conocida por su belleza y caridad. Se llamaba Mariang Makiling y regalaba oro y frutas a todo el mundo que vivía alrededor de la montaña. Regalaba esas cosas hasta que llegó el día cuando la gente codició toda su riqueza. Por su avaricia, Mariang Makiling decidió castigarles. Mientras unos tifones destruyeron la vegetación del monte, los campesinos oyeron a Mariang Makiling riéndose. A partir de aquel día, si la gente sacaba cosas de la montaña, siempre llovía o llegaba una tempestad<sup>9</sup>.

Otra vez encontramos un fragmento de la doctrina cristiana sobre la caridad y el pecado de la avaricia. El castigo para éste vino en forma de tifones, un fenómeno natural que destruye la vegetación. En realidad, es difícil imaginar más de un tifón asolando un lugar de una vez. Los tifones ocurren durante la temporada de los monzones y algunos son lo bastante fuertes como para hacer mucho daño. Probablemente, hubo unos cuantos que vinieron en sucesión dejando la zona muy asolada y este incidente fue algo inolvidable para la gente. Lo narraban tantas veces que, poco a poco, se fue incorporando al folklore a lo largo de los años.

Hay que señalar que, en contraste con la primera versión, esta no echa la culpa de avaricia a nadie en particular, ni al pueblo de Calamba ni a otros pueblos. Todo el mundo fue culpable. ¿Será posible atribuir esta actitud a las condiciones económicas del pueblo? Repito que Calamba era y sigue siendo un pueblo rico. La gente tampoco guardó rencor a Mariang Makiling por haberles castigado. A ellos les pareció justificado. Al concederle el derecho de castigarles, la gente ha empezado a verle como una diosa. Aunque la leyenda no da la impresión de que la gente veneraba a Mariang Makiling, es verdad que la amaba. ¿Podemos concluir, entonces, que en la persona de Mariang Makiling la población indígena de la zona del monte citado ha encontrado la personificación del concepto abstracto del Dios cristiano que les enseñaron los misioneros? Probablemente, estaban a punto de venerarla, pero algo en su historia se lo impidió. Un estudio sobre la cristianización de esa zona nos podría dar una explicación.

Dos escritores filipinos han hecho una recopilación del folklore que les contaron sus abuelos. Una de las leyendas incluida en esta obra es la de Mariang Makiling. Esta versión, además de tratar de explicar el origen del nombre *makiling*, nos dice que la heroína era un hada blanca, un detalle importante que necesita aclararse.

En la provincia de Laguna hay una montaña escarpada con el nombre Makiling. Muchos dicen que se llama así porque se inclina hacia un lado. Otros dicen que debe su nombre al arbusto que abunda en la misma montaña llamado *pakiling*<sup>10</sup>. Este arbusto tiene hojas que las amas de casa usan para fregar los cacharros y el suelo. Un hada, llamada María, frecuentaba esa montaña. Los vecinos la llamaban Mariang Makiling. Dicen que solía ir al pueblo con una cesta de frutas que llevaba encima de su cabeza. Las frutas las vendía ella en el mercado y el dinero que ganaba

<sup>9</sup> Ibid. (*Laguna - Calamba*).

<sup>10</sup> *Tetracera Scandrus* (Linn.) Merr.

lo distribuía a los pobres. Al principio, la gente creía que María era una forastera porque nunca había visto una mujer tan bella. Era muy blanca y tenía pelo negro que le llegaba hasta sus tobillos.

Un día, un labrador joven que se enamoró de su belleza, la siguió secretamente, pero el hada desapareció en el bosque. Al día siguiente le esperó en el mercado, pero Mariang Makiling nunca volvió a vender frutas en el pueblo.

El labrador decidió buscarla por el bosque, pero, al igual que el hada, desapareció y ya nadie supo jamás lo que le ocurrió. Los hay que dicen que le encontró sin verla. Hasta hoy los ancianos creen que Mariang Makiling sigue viviendo en su montaña donde abundan los frutales. Dicen que los que van a la montaña pueden comer todo lo que les da la gana pero, ¡ojo! que no lleven nada a casa porque se perderán en el camino y nunca lo encontrarán. Pero si tiran todas las frutas que han pensado llevar con ellos y se ponen la camisa al revés para asegurar al hada que no tiene nada escondido, Mariang Makiling les llevará al camino que conduce al pueblo<sup>11</sup>.

Es probable que cuando empezó a contarse la leyenda, Mariang Makiling tenía atributos humanos, pero al transmitirla de boca en boca, fueron acumulando nuevos detalles hasta que emergió la protagonista tal como la conocemos ahora. Ya hada, Mariang Makiling siguió demostrando su caridad cristiana, ayudando a los pobres y dándoles dinero que ganaba vendiendo frutas en el mercado. Esta manera y forma de ayudar es más verosímil que aquello de regalar cosas de oro y plata. Las frutas abundaban en la montaña y lo de venderlas en el mercado era una actividad económica muy común en todas partes del archipiélago.

El protagonista de esta versión es también un labrador. Es una ocupación muy común en una zona agrícola. Teniendo en cuenta los detalles en todas las versiones citadas aquí, es indudable que la leyenda se originó en el seno de los que labraban la tierra, un grupo de gente que consideraba la montaña como una amiga o una protectora que les daba algo para comer y, por eso, se nota que no sentía ningún temor ni rencor hacia Mariang Makiling.

Lo del labrador que desapareció, es probable que algo parecido ocurriese en la historia de los pueblos. Quizá, también, el labrador que no regresó, hubiera sido un hombre conocido por la gente, pero a lo largo de los años se olvidaron de su nombre.

La última parte no parece la conclusión lógica, porque no había ningún engaño por parte de la gente para merecer ese castigo. El hecho de que el labrador siguiese a Mariang Makiling no es suficiente motivo para que el hada castigue a todo el mundo. Faltan algunos detalles para poder llegar a esa conclusión.

De las versiones citadas aquí, sólo en éste aparece Mariang Makiling con tez blanca. Al originarse la leyenda o al incorporarse ese detalle, la gente responsable por su propagación ha entendido bien la política en el país. El hada blanca tenía el poder de ayudarles o castigarles como los de

<sup>11</sup> *Manual Arguilla y Lydia Arguilla, Philippine tales and fables (s.a.), pp. 21-22.*

piel blanca que gobernaban el país. Otra manera de explicar este detalle, y en mi opinión es la más lógica, es relacionarlo con la religión cristiana. Los santos y las santas que los filipinos aprendieron a venerar eran de piel blanca. Era fácil atribuir una de las características físicas de estos santos y santas a la heroína indígena.

El héroe nacional filipino, José Rizal, escribió las versiones de la leyenda de Mariang Makiling que le han contado sus parientes y amigos de su pueblo natal, Calamba. Una de las versiones que recogió el héroe tiene semejanza a la segunda, pero con unos detalles diferentes. Rizal era de la opinión de que ésta es la versión menos conocida, pero «tiene al menos mayores visos de probabilidad». Dice:

En la vertiente de la montaña vivía un joven dedicado al cultivo de un pequeño campo, y era el sostén de sus ancianos y enfermizos padres. Bien parecido, apuesto, robusto y trabajador, poseía un corazón noble y sencillo, si bien era algo taciturno y poco comunicativo. Sus sembrados pasaban por ser los más hermosos y mejor cuidados; sobre ellos nunca descendía la langosta, los *baguios*<sup>12</sup> parecían respetarlos, la sequía no los agostaba, ni se pudría la semilla cuando las lluvias torrenciales anegaban los campos vecinos. Jamás la peste diezmó su ganado, y si alguno durante el día se extraviaba, volvía de seguro al amanecer, como si lo trajese una mano invisible. Tan feliz ventura la atribuían algunos a ciertos *mutya* y amuletos, otros a la protección de un santo, y otros al cielo que protege y premia a los buenos hijos. Sin embargo, la conducta del joven era bastante misteriosa, sus ratos de ocio los pasaba vagando en la montaña, sentado junto a algún torrente, hablando a veces a solas o pareciendo escuchar extrañas voces.

Llegaba entretanto el tiempo de entrar en quintas. ¡Sabe Dios cuánto lo temen los jóvenes y las madres sobre todo! ¡Juventud, hogar, familia, buenos sentimientos, pundonor y, a veces, honra, adiós! Los siete y ocho años de vida de cuartel, embrutecedores y viciosos, en que las groseras interjecciones parafrasean el despotismo militar armado aún del azote, se presentan a la imaginación del joven como una larga noche que agosta lo más sano y hermoso de su vida, en que uno duerme con lágrimas en los ojos y sueña horribles pesadillas, para despertarse viejo, inútil, corrompido, sanguinario y cruel. Así se ha visto a muchos acortarse los dedos para eximirse del servicio militar; otros se han arrancado los incisivos en los tiempos en que había menester de morder el cartucho; otros han huido a los montes haciéndose bandoleros, y no pocos se han suicidado. Sin embargo, la mejor precaución contra esta desgracia ha sido el casamiento, y los padres de nuestro joven determinaron casarle con una muchacha, agraciada y trabajadora, que vivía no muy lejos en la misma montaña. El joven, si bien no se mostró muy entusiasmado con semejante proyecto, aceptó, sin embargo, primero, para librarse de las quintas, y después para no desamparar a sus ancianos padres. Como no tenía ninguna tacha, pronto se arreglaron las bodas y se fijó el día del casamiento.

No obstante, conforme se acercaba el dichoso día, hacía el novio más taciturno y menos comunicativo aún; desaparecía durante largas horas, y cuando volvía, le veían muy desalentado, y muchas veces no respondía cuando le preguntaban.

La víspera de las bodas, a la noche cuando volvía de la casa de su futura, aparecióse una joven en el camino, una joven de extraordinaria belleza.

—Yo ya no quería dejarme ver de ti —le dijo ella en tono dulce, mezcla de lástima y de compasión; —pero vengo a traerte mi regalo, el traje y las joyas de tu novia. Yo te he protegido y te he amado porque te vi bueno y trabajador, y había deseado te

<sup>12</sup> Tifones.

hubieses consagrado a mí. ¡Va! Puesto que te es necesario un amor terrenal; puesto que no has tenido valor ni para afrontar una suerte dura, ni para defender tu libertad y hacerte independiente en el seno de estas montañas; puesto que no has tenido confianza en mí, yo que te hubiera protegido a ti y a tus padres, vete; te entrego a tu suerte, vive y lucha solo; vive como puedas.

Y dicho esto, la joven se alejó y se perdió entre las sombras. El quedó inmóvil y como petrificado; después dio dos o tres pasos como para seguirla, pero ya había desaparecido. Recogió silenciosamente el bulto que la joven había depositado a sus pies, y entró en su casa. La novia ni se puso los trajes, ni usó las alhajas, y desde entonces Mariang Makiling no apareció ya más a los campesinos<sup>13</sup>.

Fuera de la intervención divina, que también podemos atribuir a los cuentos de los santos, y el traje y las joyas, los demás detalles explicando las circunstancias de la boda tienen bases históricas. Esta leyenda es testigo de una época colonial, una época histórica bien documentada. No hay más que consultar los libros y documentos sobre la colonización española en Filipinas para verificar cómo la quinta o el reclutamiento ha sido muy odiado por los filipinos. La historicidad de la leyenda de Mariang Makiling se explica por sí misma en esa versión.

A unos kilómetros del pueblo de Calamba está el pueblo de Santo Tomás en la provincia de Batangas. Está situado al pie del Monte Makiling y de allí viene la versión siguiente:

Los vecinos del pueblo de Santo Tomás, particularmente los campesinos, conocen muchas historias sobre Mariang Makiling. Dicen que el hada vivía en una de las cuevas en el Monte Makiling. Era muy caritativa y siempre ayudaba a los pobres, prestándoles ropa, vajilla y joyas. Para pedir prestada cualquier cosa no hay más que presentarse en su cueva y pedirselo. En seguida aparecían los objetos pedidos. Pero de los que se han beneficiado de la caridad del hada, nadie podía atestiguar haberle visto aunque algunas vecinas dicen que habló con la gente que venía a visitarla en su cueva. Una vez alguien faltó en devolver una cosa prestada y desde entonces Mariang Makiling dejó de ayudarles<sup>14</sup>.

La primera versión citada en este artículo se parece mucho a esa de Santo Tomás. Las dos versiones hablan de las cosas prestadas, aunque en esta última versión no dice nada si son de oro o de plata, y la falta de testigos que han visto al hada. En la versión de Santo Tomás no sabemos si la persona que faltó en devolver lo que Mariang Makiling le prestó lo hizo intencionalmente.

Aquella parte en que las cosas aparecen en seguida después de pedir las suena a un verdadero cuento de hadas. Pero también hay que señalar que las curas españoles enseñaron a los Filipinos que si rezaban a Dios, les va a dar lo que ellos pedían.

Esa versión da por sabido el lugar donde vive Mariang Makiling, porque la gente la visitaba y no viceversa. Si fuese la única versión existente de la

<sup>13</sup> José Rizal, *Mariang Makiling en la Colección Balmaseda de la Biblioteca Nacional (Manila)*.

<sup>14</sup> «Legends of the people of Batangas» por León Bibiano Meer en Otley Beyer Collection, *Bey* 37/1-5/5.